

El que fue a Sevilla...

(El Correo, 19.11.1992)

A mi parecer, la Exposición Universal de Sevilla no expone en realidad edificios, fuentes, hayas, cuadros o vídeos. Eso es tan sólo el señuelo, el escaparate que seduce al visitante. La Expo, sobre todo, es una exposición a un tiempo del Estado y de sus ciudadanos: esa es su verdadera revelación. Pero eso mismo es lo que, naturalmente, debe quedar oculto; y cuenta para ello con una garantía segura: que apenas hay ya mirada capaz de descubrirlo.

Quien primero se expone en la Expo es el Estado. En aquel recinto el Estado exhibe su poder, por un lado, como capacidad de organización de recursos de toda índole. El punto débil de esa fortaleza se percibe en seguida. Pues si ese omnipotente Aparato ha revelado una fuerza y eficacia tan inmensas, ¿cómo es que deja pervivir en su territorio tanta penuria?. No porque no pueda; es que no quiere. Lo peculiar del caso reside, además, en que semejante poder marcha acompañado de ese elemento (más patente aún en las Olimpiadas) que hace de todo nacionalismo un narcisismo colectivo. Se pretendía demostrar que nuestro país ya está a la altura debida porque ha sido capaz de hacer lo que y como (o mejor que) los demás. Si había que hacerlo, eso no importaba. Pues bien, algo de ese poder se traspassa -en forma de cierta arrogancia íntima- a los espectadores nacionales. Lo que como individuos no somos lo alcanzamos idealmente como ciudadanos..., pero sólo a condición de postrarnos ante quien nos ofrece el magno espectáculo.

Por otro lado, el poder del Estado se manifiesta en la Expo como capacidad de movilización de masas. La masa es el elemento esencialmente movilizable y el Estado contemporáneo se sustenta ante todo en la adhesión de sus masas. Así que el poder estatal, que atraviesa de un modo más o menos difuso toda la sociedad, requiere de vez en cuando mostrarse en toda su plenitud y darse un baño de multitudes. Se trata de ceremonias que reafirman el poder, no tanto de un Gobierno como del Estado. A fin de disponerlas, la propaganda se presenta no sólo como la principal herramienta del Estado, sino como su más cuidada política. A su llamada, escolares y jubilados, funcionarios y amas de casa, hombres de negocios y parejas de recién casados, han acudido presurosos a la convocatoria. Los mismos que probablemente aún no han

pisado el museo o la biblioteca de su provincia se agitan a las puertas de los *culturales* pabellones sevillanos.

Pero tal vez fuera mejor decir que el poder del Estado se expone ante todo - también en la Expo- como el poder de la Técnica. Este sí que es el poder de la época, el ídolo supremo en el que todos creen y al que todos reverencian. El poder político mismo se ejerce hoy como poder técnico, como aquel que mejor ha sabido ponerse al servicio de la Técnica. Por ésta no entendamos un determinado modo de hacer ni la clase de procedimientos empleados en la fabricación actual de un artefacto. La Técnica es, primordialmente, un *modo de ser*, el espíritu que todo lo envuelve, la impronta universal contemporánea de todo pensar y hacer. Se caracteriza por el predominio absoluto de los medios sobre los fines; desde ella, supuestas unas metas inapelables, se trata de arbitrar los medios más idóneos y económicos que las alcancen. Para la mentalidad técnica no hay por qué ni para qué; puesto que el medio es de hecho el fin, sólo el *cómo* reclama su atención. Así que el poder de la Técnica es el poder del cálculo sobre el sentido. El único sentido que le queda es el dominio de cualquier objeto o proceso, no su comprensión; dejada a sí misma, su máximo logro es el automatismo, no la libertad. Esa es nuestra cultura más honda; lo demás, como mucho, certificados oficiales de buena cultura.

Viniendo al caso, pronto se aprecia que aquella capacidad organizativa en que resplandece el poder del Estado se agota en sí misma. En principio (¿recuerdan?), la Expo venía a conmemorar el descubrimiento y la colonización española de América, o sea, un hecho de proporciones históricas -benéficas y funestas- colosales. Tras toda la maraña técnica, ¿cuántos habrán reparado en ello y han sido movidos a alguna reflexión?. También la capacidad movilizadora de masas carece de otra finalidad que no sea la mostración de su propia eficacia. ¿Quién ha pensado orientarla, con parecida eficacia, hacia direcciones que volvieran a las gentes más sabias, más justas o menos infelices?. Admitamos entonces que no había más pretensión que la de celebrar el triunfo de la modernidad (es decir, de la Técnica). ¿Acaso guarda alguna proporción el profundo significado de aquélla o el saber acumulado en ésta... y el desarrollo conceptual de la mayoría embelesada que las contemplan?. Se diría más bien lo contrario.

Pero sugeríamos que la Expo era, simultáneamente, una exposición de nosotros mismos, nuestro fiel retrato. La otra cara de la exhibición del poder del Estado muestra

la impotencia del individuo contemporáneo. Y es que esa Técnica, que resumía aquel poder, hace tiempo que ha producido el tipo humano correspondiente. Es un hombre que se pregunta acerca de la adecuación de los medios, pero casi nunca sobre la bondad de los fines; sabe de la medida de las cosas, no de su naturaleza; conoce hechos, no valores; distingue a lo más ciertas partes, no el todo en que se inscriben; calcula, en suma, pero no piensa. Ni los fines últimos, ni los valores, ni la visión de la totalidad ni el pensamiento le hacen falta en este mundo técnico. Más aún, como se le demanda una razón puramente instrumental, el ejercicio de la razón reflexiva le sería contraproducente. Nada tiene, pues, de extraño que la escolarización general vaya de la mano en nuestras sociedades del analfabetismo funcional, de un empobrecimiento espiritual creciente.

En general, esta impotencia del individuo se manifiesta en la cortedad de sus necesidades, en lo raquítrico de sus deseos, en la miseria de lo que habitualmente admira. Por más que le extrañe, ese individuo se quiere demasiado poco a sí mismo. Lo peor es que suele ser una impotencia que se ignora, tan satisfecha de sí que no ve motivo para salir de su estado... Pero el espectáculo de la Expo ha deparado varios ejemplos particulares de aquella impotencia. Habría que aludir a esa sumisión generalizada por la que tantos han obedecido la voz de mando con la ilusión de mantener una conducta libre. Habría que referirse a esa curiosidad inducida, no propia ni correspondiente al grado o amplitud de la voluntad de saber de los visitantes. Un pensador de este siglo la definió como simple "afán de novedades". ¿Sería exagerado considerarla como la curiosidad de quienes por lo común carecen de auténtica curiosidad?. El objeto de su contemplación, ¿no será ése que les piden mirar porque ya no saben mirar por sí mismos casi nada, porque han borrado de su mirada tantos otros objetos interesantes?.

Tampoco hay que descartar que la impotencia de tal individuo se muestre en su disolución en la masa, en su intenso gusto por la multitud. Cada uno de ese medio millón de visitantes de los últimos días, en el fondo (y pese a sus eventuales protestas), deseaba encontrarse con el resto. ¿O no es la masa misma el mayor espectáculo con que se deleita la masa?. Así que ese individuo busca distinguirse diluyéndose en la muchedumbre; sólo adquiere conciencia de sí, de su propia valía, reconfortándose en los gustos y categorías del conjunto al que pertenece. La mejor prueba de que está *donde debe* estar, son los muchos que le acompañan. Su regla más querida es la imitación...

Bastaría, en fin, con observar el efecto movilizador causado por la consigna de que conocer la Expo *es algo que sólo puede hacerse una vez en la vida* . Bien podría ser que, de acuerdo con su valor, no hubiera que hacerlo ni siquiera esa sola vez. Pero aquí funciona de nuevo un principio de la Economía, esa parcela tan celebrada de la Técnica. A saber: todo lo escaso (sea lo que sea y al margen de su valor real) merece la pena y hay que pagar su precio. Como en las liquidaciones de los grandes almacenes, pues, pongámonos a la cola porque el producto se agota... A la inversa, aquello que cabe hacer muchas veces en la vida -desde interrogarse por el sentido de la propia existencia hasta, qué sé yo, leer los *Ensayos* de Montaigne- eso resulta irrelevante y no se cumple jamás. Más que un sinsentido, hoy suena a peligrosa provocación. Y lo que de verdad sólo nos pasa una vez, pero que otorga su más alta intensidad a todo nuestro tiempo -o sea, el morirnos-, en eso no hay que pensar ni por asomo. De eso precisamente hay que *di-vertirse* , hay que distraerse. Por ejemplo, corriendo a la Expo.